

Papá ya crecí

por ROLANDO LIENDO

Papá:

Estoy sentado en mi escritorio panorámico, mi oficina tiene vista al gran parque como todas las oficinas de los altos ejecutivos de esta inmensa empresa. Acabo de cumplir 30 años y he logrado todo lo que quise; es más logré todo lo que quisiste para mí. Debería estar feliz, pero no; siento satisfacción, pero no felicidad. Siento que el camino fue muy tortuoso, sobre todo de niño y que siempre tuve amor condicional: si destacaba o era muy bueno en cualquier actividad recibía tu cariño, sino, aunque nunca lo expresaste, sentía tu indiferencia.

De niño, recuerdo aquellos partidos de fútbol donde yo corría y corría pero no lograba ser tan veloz como mis demás compañeros. Escuchaba tus gritos diciéndome: "ponle más ganas al partido, no seas frío", "si no quieres jugar, mejor siéntate"; pero créeme, hacía mi mejor esfuerzo. Yo quería complacerte, pero no podía. Ya de adulto, me detectaron una diferencia mínima de tamaño entre los huesos de las piernas que me impedía correr adecuadamente; el médico me dijo textualmente: "en una carrera de 100 metros planos, sus amigos le pudieron dar 50 metros de ventaja, y Ud. de todas maneras iba a llegar último". Era un problema fisiológico muy difícil de detectar. Además mi frialdad, que fue mi pasivo en mi niñez, me ha hecho ser un gran tomador de decisiones ahora. En momento en los que todos en la oficina están tensos, ansiosos y preocupados, piden mi presencia, por mi capacidad para decidir "fríamente" en ambientes de presión.

Cuánto hubiese dado por recibir aquel abrazo efusivo que le diste a Jorge, el capitán del equipo; inclusive lo levantaste en hombros cuando ganamos. Claro, Jorge era completo; dominaba la pelota, dirigía al equipo, gritaba y cuando no podía, pegaba. Siempre se escuchaban tus arengas: "eso es, Jorge", "vamos, Jorge", "Jorge siempre se pone el equipo al hombro". Parece increíble, pero todo ello me ponía nervioso. Me daba miedo que Jorge me pasara la pelota y no pudiera devolverla con igual calidad, tocaba la bola e inmediatamente te miraba. Pensaba que tú habías sido un gran futbolista y querías que yo sea igual. Varias veces quise ser Jorge cuando terminaban los partidos. Años más tarde y de adulto me daría cuenta que mi deporte es el golf, donde tengo extrema precisión. Ya he ganado varios títulos, pero siempre al final de cada competencia busco tu mirada pensando que ahora podría ser una mirada orgullosa.

Ni hablar de fin de año, eso sí era un suplicio. Cuando llamaban a los alumnos que habían obtenido premios por su rendimiento académico -nunca entenderé porque en mi colegio premiaban al quinto superior, que en promedio eran 10 alumnos-. Como yo era un alumno de "media tabla", mi nombre nunca se escucharía; pero cada vez que anunciaban el siguiente puesto, podía leer en tu rostro la esperanza de que pronunciaran mi nombre, y luego tu tristeza porque no era así. Realmente me hubiese gustado darte esa satisfacción, pero el estilo del colegio era memorístico; es decir, tenías que repetir lo que decían los libros o lo que dictaba el profesor. Mi capacidad de retención era intermedia y claro había otros niños que tenían una mejor capacidad de retención. Lo mío era la inteligencia emocional, donde yo era diferente, pero ese tipo de inteligencia no era medida en el colegio que estaba; este tipo de inteligencia, donde soy capaz de manejar mis emociones, ya en el trabajo me permitió ascender rápidamente. Aquí en el trabajo, sí era de los "primeros puestos".

Papá, te escribo esta carta porque mi esposa me anunció en la mañana que también voy a ser papá. Pero yo quiero ser diferente, yo quiero romper con la cadena. Yo te quiero igual, porque sé que lo que hiciste conmigo fue lo que tu padre hizo contigo, y lo que tu abuelo hizo con tu padre. Todos ellos actuaron de buena fe, porque no sabían como se afectaban los niños. Y los niños son niños y entenderán varias cosas, pero en su momento. Pero a veces los padres, adorando a los hijos, podemos ser muy perversos con ellos, sobre todo cuando buscamos reconocimiento como personas, a través de las actividades de nuestros hijos.

A veces los padres queremos hijos pluscuamperfectos cuando los padres solamente hemos sido hijos normales. Papá, mi hijo crecerá libre, sin cargas, sintiéndose querido, así sea el último de la clase o el peor deportista que haya pasado por el colegio, simplemente porque es mi hijo. Eso lo prometo. Dios nos ha dado talentos a todos, además misiones a cada uno de nosotros, las cuales irán apareciendo en el momento que ÉL lo haya señalado. No antes, ni después.